

La Violetera

—Magda, ¿Cómo te ves en el futuro?

—No me veo —digo a secas.

— ¡Qué pesimista eres, Magdalena! —dicen las muchachas a coro, disimulando todas el susto. Me lo dicen intentando ocultar, a mí y a ellas mismas, que están asustadas, cagadas. Desde que “La Violetera” y su banda acechan la Libertador, saben que saldrán a trabajar, pero no si volverán.

Violetera... su nombre me suena a Sayona: a espíritu maligno que mata transexuales en vez de machos infieles. Primero nos extorsiona, claro, y luego nos asesina. Las muchachas no pueden creer, que la que esté haciendo esto sea alguien como nosotras. Yo tampoco lo creo, en este país machista, que sea una mujer transexual la que lidere y tenga a su servicio a un grupo de malandros, suena raro, sospechoso.

-- Ø --

A Leslie la asesinaron a puñaladas hace diez días. Sólo tenía un par de meses trabajando con nosotras. Nos contó que antes daba clase de *tae-box* —supongo que contra un grupo de hombres con puñales, saber dar patadas y puños no sirve de mucho—. Era una niña de 17 años, ahora está muerta... ¡Coño!

Cualquiera de nosotras puede ser la siguiente en morir, pero no tengo miedo. El miedo se me convirtió hace años en una pared que no me deja ver hacia el futuro; una pizarra en blanco. Hoy, me encuentro sin significado, sin futuro. Por eso salgo de nuevo, a pesar de “La Violetera” y su banda, salgo a la calle a prostituirme, a ganarme la vida —y posiblemente la muerte—.

-- Ø --

Cuando alguien odia tanto lo que es, que necesita ir matándose en los espejos que son sus iguales: ¿se podrá llamarlo crimen de odio? ¡Joder!, quizás estoy leyendo de más en la mente de “La Violetera”. A mi parecer, lo que sí es un crimen de odio, es la desidia en la que nos tienen las autoridades: investigan a medias o no lo hacen, no les importa mucho la vaina. No vamos a

mentirnos, la ciudad es peligrosa, pero es mucho más peligrosa para nosotras.

—Es su culpa —dice una muchacha, que decidió mostrarme el error en mis maneras.

—¿Disculpa? —digo incrédula.

—Sino se prostituyeran, no les pasara nada —Acaba pues, de descubrir lo evidente.

—¿Sí?, y si yo dejo de prostituirme, ¿me contratarás en tu empresa? A ver, ¿será de secretaria o de gerente de sistemas? No ves acaso que fuera del espectáculo o la prostitución no tenemos espacio. Si no me prostituyo, no como. ¡Ah!, ya sé por dónde va la cosa: sino salgo a la calle y me muero de hambre en la privacidad del agujero donde duermo, no te enteras y no te estorba mi cadáver en la acera, cuando vayas al trabajo... —No terminé de reclamarle, apenas dije cadáver, cruzó la calle. Supongo que hasta ahí llega la caridad cristiana. Sin querer entender al otro, o involucrarse mucho.

-- Ø --

Leslie no estaba sola cuando murió, estaba con “La Brasileira”. A ella también la asesinaron. Los paramédicos intentaron ayudarla, bueno, según la prensa: “uno de los dos estaba vivo cuándo llegaron a auxiliarlos, pero falleció mientras lo atendían”. Vainas así. En algunos reportajes las llamaban por el nombre de su cédula, en otros por su nombre artístico y su apellido; a veces “ellas”, a veces “ellos”. Como si no bastara ponerse tetas, peluca, labial, falda corta y tremendo culo para ser mujer. Como si la cédula fuera más real que la persona que la porta. Como si una mujer no pudiera tener pene. Como si una mujer con la totona taponada en concreto, no fuera mujer...

-- Ø --

Sueño con que la gente nos acepte, así como se ve en las películas que les compro a los buhoneros en Bellas Artes:

—Sí mamita, están ahí, en la sección de películas sórdidas —me dice uno de ellos. Y me pregunto: ¿qué tan sórdido puede ser que una no se sienta cómoda en su cuerpo? Que así como las actrices y las misses puedan ponerse unas tetas enormes; quitarse la grasa de las nalgas e inyectársela en los labios; reconstruirse la vagina para ser vírgenes de nuevo; pintarse el pelo; quitarse costillas; limarse los dientes y ponerse unos derechos y blancos como perlas; inyectarse líquidos que les paralicen el rostro; ponerse culo y quitarse culo; yo también pueda sentirme

insatisfecha con el cuerpo con el que nació. Que yo también pueda quitarme la tripa que me cuelga entre las piernas, y ser yo. Sentir, como dicen, que aumenta mi autoestima, mi concepto de yo como mujer. Sí, cortarse la paloma es algo sórdido en comparación a lo anterior.

-- Ø --

Hoy fue una buena noche, me gané lo que haría en una semana con el pago de un cliente que solía ser de “La Brasilera” —la amiga de Leslie—. Se sorprendió cuando no la vio, y tuve que explicarle lo que pasó. A pesar de lo escabroso, aceptó que fuera con él. Si bien el dinero me cayó bien, el encuentro y toda la conversa previa, me dejó con una especie de malestar, de náuseas.

Le pedí al tipo que me dejara en el motel de Sabana Grande donde alquilo una habitación por semanas. Tomé una larga ducha al llegar, no podía relajarme, no podía dormir. Tenía la muerte de Leslie y “La Brasilera” muy presente en mis pensamientos.

A las dos de la mañana tocaron la puerta. No hice ningún ruido. Tocarón de nuevo. Saqué valor y poniendo la voz gruesa pregunté:

— ¿Quién es?

— ¿Quieres perico? —contestó la voz detrás de la puerta.

— No, pana —dije. Recordé que “La Violetera” sólo mataba en la avenida, pero no me tranquilicé, tenía que liberar el miedo y la arrechera de alguna manera, corrí a la cama a ahogar un grito en la almohada.

— ¡Maldito motel de mierda!, ¡Maldita vida de mierda!

-- Ø --

No vayan a pensar que estoy arrecha con la vida. Estoy arrecha con la gente. Con el gobierno. Con el imbécil ese, que se me queda viendo en el metro, el maricón, que me ve y me ve, y espera y teme que la gente se burle de mí o se meta conmigo. Y digo yo, ¿no es peor que piense así?, y que en el fondo crea que merezco la humillación y que necesito que me defienda. ¡Estoy arrecha hasta con las dichas locas activistas!

-- Ø --

Pasaron 15 días desde la muerte de Leslie y “la Brasileira”. Hoy vendrán a cobrarme la vacuna los mismos que las extorsionaron a ellas, y no pienso pagarles.

— ¿Por qué no les pagas?, nosotras te lo prestamos —dijo Desdémona.

— Dije que no lo hago y no lo hago. No por digna, ni por arrecha, sino porque no tengo el dinero. Si mañana extorsionan a una de ustedes, y no tienen por haberme prestado a mí... —No tuve que decir más, todas entendieron. Y temieron por mí, y por ellas.

Buscaba la manera de evitarlo. Y, ¿si me regreso a mi pueblo? Los problemas con mi familia estaban superados, desde los trece me aceptaban como era. De allá me fui por el trabajo, por el dinero. Mi mamá está asustada, me llamó, leyó las noticias y me pidió que regresara. “La calle no es un lugar seguro”, “vente al pueblo hija, acá inventamos algo”, “no te vaya a pasar algo, mi niña”. Frases de madre preocupada. “Sí, mamá”, “me regreso lo más pronto posible”, “sólo tengo que resolver unos asuntos primero”. Frases de hija a madre preocupada.

Le mentí, decidí cambiar el punto y no ir a la Libertador esa noche. Ninguna de las muchachas había sido perseguida. Si no iba a la avenida, nada pasaría. Total, tampoco es que “La Violetera” tenga una red de inteligencia, sólo un grupo de matones con cuchillos. Sin embargo, no quería ir sola, así que les pedí a Úrsula y a Desdémona que me acompañaran al Rosal en la noche.

-- Ø --

Úrsula estaba inquieta. Nos guiaba por el Rosal y nos decía a cada rato que cambiáramos el rumbo. Frente a nosotras se detuvo un Neón naranja. El conductor era un hombre joven, de unos 40 años pero bien conservado. Me monté en el carro y me llevó a su apartamento en Caurimare. Me ofreció *poppers* y le dimos una olida. Lo penetré en el balcón, mientras escuchaba el pasar de los carros y veía las luces naranja de la Cota Mil. Sentí algo parecido a la paz, no pensaba en nada. Alargué el momento lo más que pude... me sentía segura fuera de las calles.

Mencionó que le gustaría repetirlo y que me buscaría la próxima vez. Me llevó al Rosal, donde Úrsula me esperaba con cara de trauma. “¿Por qué te tardaste tanto?”, “nosotras aquí por ti y tu quién sabe dónde”, “lo importante es que ya estás aquí”, etc. Frases de amiga preocupada.

Una hora después, un carro pasó dos veces frente a nosotras. ¿Será tímido el pendejo éste?, me dije. La tercera vez se detuvo, no nos acercamos. Se bajó un tipo. Era uno de los que me había amenazado. Corrí. No me imaginaba cómo se enteró de donde estaba. Les grité a Desdémona y

Úrsula que se fueran, y entré corriendo al pasillo de un hotel. Al malandro no le importó las cámaras, ni intentó cobrarme.

—Así que no pensabas pagar —me dijo, sacudiendo el puñal. No dije nada. No hice un gesto.

—Úrsula me lo dijo, así que no te hagas la loca —No creí lo que decía.

— ¿Cómo supiste que estaba aquí? —pregunté.

— ¡¿Eres sorda, puta?! Úrsula me lo dijo.

Dijo esto, y me apuñaló varias veces. Cuando no pude mantenerme en pie, el malandro huyó. Seguía viva. Miraba mis brazos, piernas y abdomen, donde viera, el desgraciado me había hecho un agujero. Desdémona vino a ayudarme junto a unos empleados del hotel, ni pista de Úrsula. Fueron más de 10 puñaladas, los oí decir.

— ¡Magdalena!, ¡aguanta, Magdalena!, ¿me oyes? ¿Me oyes?, ¡coño! —la escuché gritar.

— Úrsula... ella nos sapea con “La Violetera”... — le dije a Desdémona, antes del shock.

-- Ø --

Magdalena está muerta, es una de las tres transexuales asesinadas en menos de un mes. Para nosotras, era una hermana. Estaba arrecha y con razón, nunca fue egoísta, incluso en sus últimos momentos se preocupó por nosotras. Confiábamos en ella, es por eso hablé con las muchachas —todas menos Úrsula—, y les dije sus últimas palabras.

Magda nos dijo una vez, que no estaba segura de que “La Violetera” existiera, podía ser una pantalla, un chivo expiatorio para que parezca que nos estamos asesinando nosotras mismas. Yo no tengo las respuestas. La policía no nos ayuda, no podemos desarticular la banda de “La Violetera” nosotras mismas. Pero gracias a ti, Magda, podemos ponérsela más difícil, pensé, al ver a Úrsula flotando en el Guaire.

Ø

En memoria de Samantha, también conocida como “La Dominicana” y Rubí, quienes fueron brutalmente asesinadas el 30 de abril de 2011. Y de Luisa, quién murió 15 días después en circunstancias similares.

El pasado 27 de agosto, se celebró en la Librería del Sur de Capitolio, en Caracas, la lectura del veredicto del primer concurso nacional de narrativa breve “Crecer al costado” sobre diversidad sexual y de género. El jurado, que se dio a conocer el mismo día, estuvo integrado por María Alejandra Rojas, narradora, ganadora de la última Bienal Salvador Garmendia, Dannybal Reyes, poeta y presidente de la Red de Librerías del Sur, y Elio Palencia, dramaturgo, autor de la obra La quinta Dayana, posteriormente versionada para el cine con el nombre Cheila, una casa pa maíta.

El ganador de esta primera edición fue Javier Alejandro Pino Betancourt por el relato “La Violetera”, de la que el jurado resaltó “su lenguaje sencillo, preciso y urbano que cautiva; con una técnica narrativa contundente y fluida que permite un acercamiento a la sensibilidad del lector, al tiempo que consigue otorgar vitalidad a parte de la realidad sexo-género diversa en nuestro país, específicamente del colectivo trans, apelando a la reflexión y a la acción”.